

## A LOS 200 ANOS DEL NATALICIO DE MARIA TERESA, ESPOSA DE BOLIVAR

Miguel Toro Ramírez, hijo

Con miras a conservar su mayorazgo, formar una familia y tener algún hijo que lo suceda y sirva de apoyo a sus hermanos y de auxilio a sus tíos, Simón Bolívar en septiembre de 1800, escribe a su tío don Pedro Palacios participándole su propósito de contraer matrimonio -y agrega- “por haberme apasionado de una señorita de las más bellas circunstancias y recomendables prendas, como es mi señora doña Teresa Toro, hija de una paisano y aún pariente”.

Se trata de María Teresa Rodríguez del Toro y Alaiza, la hija de Don Bernardo Rodríguez del Toro y Ascanio, caballero caraqueño residente en Madrid, donde había casado con doña Benita de Alaiza y Medrano, hermana del Marqués de Inicio, Conde de Rebolledo. Don Bernardo perteneciente a la antigua familia venezolana de su apellido es, por su parte, hijo del II Marqués del Toro don Francisco de Paula Rodríguez del Toro e Istúriz y de doña María Teresa de Ascanio y Herrera, y tío del IV Marqués don Francisco Rodríguez del Toro e Ibarra y sus hermanos.

Nace María Teresa Josefa Antonia Joaquina en la casa numero 14 de la madrileña Corredera Alta de San Pablo un día 15 de octubre de 1781. El ritmo de sus existencia, alterado únicamente por el dolor de la muerte de su madre, discurre serena y plácidamente en el ambiente del Madrid de Carlos IV y María Luisa, pintoresco, con su corte llena de intrigas y derroche, de aire despreocupado y festivo, con tan vivos

colores reflejado en los lienzos del genial Goya; y donde quizás algunos comenzaban ya a alarmarse con las posibles repercusiones que podrían tener en España los acontecimientos suscitados por la revolución francesa en el país vecino. Como las jóvenes de su rango comparte su tiempo entre los estudios esmeradamente dirigidos, el bordado, las tertulias, las visitas con su padre a la corte y la misa de once, actividades que podían contarse entre las escasas permitidas entonces a las adolescentes de su posición. Quién sabe si ya en su corazón habrá comenzado a despertar las inquietudes de un futuro amor.

Corre el año de 1.800. Una tarde en la casa del Marqués de Ustáriz, en cuyos salones se reúnen gentes prominentes y personajes de la nobleza, conoce María Teresa al que habría de ser su esposo; Simón Bolívar y Palacios, joven llegado de Caracas para completar sus estudios en la metrópoli y con cuyos tíos, los Palacios, allí residenciados por esa época, une a don Bernardo, además de vínculos de parentesco, una gran amistad.

Súbitamente de la simpatía surge el idilio, Simón, apasionado, no duda un momento en escogerla para su esposa y la pide en matrimonio. Es aceptado en principio. El idilio prosigue con gran entusiasmo pese a la decisión de don Bernardo, el padre de la novia, de que la boda se aplazara por algún tiempo habida consideración la corta edad del pretendiente, quien contaba solamente diecisiete años; y que a la sazón es subteniente del Batallón de los Valles de Aragua.

Entre tanto Simón continuaría sus estudios, frecuentará la Academia de San Fernando y recibirá lecciones particulares de idiomas, baile, esgrima y equitación por renombrados profesores de la ciudad. No faltará puntual

al encuentro con su prometida, a los paseos y tertulias donde sabe ella asistiría, siempre con la vehemencia y la pasión que lo habrán de caracterizar en sus afectos a los largo de toda su vida. Pero la espera se hace larga, Bolívar impaciente, acepta un lapso breve de postergación y para acelerar el mismo parte a París. Francia y especialmente París son para el momento escenarios de grandes acontecimientos y es la oportunidad de ir a esa ciudad que siempre quiso conocer. En Amiens, asiste a la Paz declarada por Napoleón, el corso vencedor que se ha convertido en la estrella rutilante que ilumina el firmamento de Europa. A poco, parte nuevamente para España en pos de románticos ideales.

Ya Simón piensa en serio, con madura reflexión ha decidido darle un rumbo definitivo a su vida. Casarse, radicarse en Caracas, tener hijos que lo sucedan, responder al llamado atávico de su estirpe de darle continuidad al árbol que con savia vigorosa había crecido en esas tierras de América desde que fuera plantado en ellas por el abuelo Simón. Cuidar y hacer prosperar aquellas tierras que con tanto sudor habían sido conquistadas por sus antepasados. En la sangre llevaba algo de ellos, conquistadores y fundadores de pueblos.

El seguiría la costumbre de la época; la carrera militar, quizás algún cargo honorífico en el Cabildo, y dedicarse a la vida de comodidades y satisfacciones familiares de los grandes señores de la colonia. Iría a Caracas y en compañía de su joven esposa se establecerían en la casa de las Gradillas, condición expresa establecida para hacerse acreedor al mayorazgo o vínculo de la Concepción. En Aragua y el Tuy, la llevaría a conocer aquellas hermosas haciendas bañadas de sol, las inmensas plantaciones de caña y de cacao, las mismas que desde su niñez no contemplaba.

Al fin obtenidas la autorización regia y la dispensa de amonestaciones,

alegando que se encontraba anclado en Cádiz al barco donde viajarían a América se celebra la boda el día 26 de mayo de 1802. De la residencia madrileña de la familia Rodríguez del Toro situada en la Calle de Fuencarral con Hortaleza sale la novia del brazo de su padre. La ceremonia oficiada por el presbítero don Isidro Bonifacio Romano, tiene lugar en la Iglesia de San José cercana al Palacio del Duque de Frías. Siendo testigos de la misma don Pedro Rodríguez del Toro e Ibarra, primo de María Teresa, y su tío el Marqués de Inicio.

A los pocos días los nuevos esposos parten en viaje hacia Venezuela. Las condiciones estaban dadas. Al llegar a Caracas no les es difícil incorporarse a los círculos más exclusivos ya que ambas familias - Bolívar y Rodríguez del Toro- ocupan encumbrados sitios en la sociedad de la provincia. Quizás no sin sorpresa, María Teresa encontrará que ha ingresado en una sociedad culta y refinada que lee versos y escucha buena música, y que en sus modales, lujo y elegancia en mucho se asemeja a las mejores de Europa.

Son innumerables las impresiones gratas que ambos viven en esos días, rodeados de aquel ambiente de paisajes tropicales y exuberantes que tanto habrá de llamar la atención de Teresa.

Pero son escasos los meses que habrá de durar esta dicha. El destino implacable se encargará de interrumpir en estos seres la ruta que habían trazado para sus vidas, todos sus sueños, todas sus metas. El 22 de enero de 1803 víctima de la fiebre amarilla muere en Caracas María Teresa, siete meses y veintiséis días después de su matrimonio. Su frágil contextura no pudo resistir las inclemencias del trópico. Bolívar jura no volverse a casar y lo cumple. Esta circunstancia adversa que llenara su espíritu de tristeza y desolación, según expresión del propio Bolívar hará que

su vida cambie radicalmente conduciéndolo por los escarpados y gloriosos caminos que lo llevarían a convertirse en el Libertador; si bien perdiendo el mayorazgo de la Concepción, pero ganando eternamente el de América. Sin duda alguna la prematura muerte de su mujer contribuyó decisivamente a que la vida de Simón Bolívar tomase otro rumbo y con ella los acontecimientos claves de la historia de Sudamérica; “conduciendo el carro de Marte en lugar de empuñar el arado de Ceres”, aún cuando el mismo reconocería mucho tiempo después, que su temperamento no era precisamente para ser alcalde de San Mateo.

En una borrosa placa que aparece en el muro de un viejo inmueble situado en la Calle de Fuencarral de la ciudad de Madrid, se lee una inscripción que dice: “En este lugar estuvo situada la casa que habitó doña María Teresa Rodríguez del Toro, esposa que fue de Simón Bolívar, genio de la raza”. En la Iglesia Catedral de Caracas un sobrio monumento señala el sitio donde se encuentran sus restos, junto a los de los padres de Bolívar. Se cumplen en octubre próximo doscientos años de la fecha del nacimiento de esta ilustre dama a quien cupo la honra de ser la esposa del Libertador de América, aunque ella nunca lo llegara a saber.